



El migrante: signo de nuestro tiempo como humanidad y como iglesia

Florenzo Rigoni, cs

EL MIGRANTE: SIGNO DE NUESTRO TIEMPO COMO HUMANIDAD Y COMO IGLESIA

RIGONI FLOR MARIA, CS

Introducción

“La Iglesia del año 2000 será la Iglesia del Exodo”... así se expresa Juan Pablo II en una afirmación donde pone la migración en la frontera de la profecía y hace de la movilidad humana el nuevo reto de nuestros días.

50 millones de refugiados en el mundo, más de 400 millones de migrantes, según unas estadísticas, se mueven fuera de su tierra o que se desplazan del campo a la ciudad, de la montaña a la costa, marcan una etapa de nuestra humanidad.

La migración nace como rasgo del hombre mismo, va marcando su tiempo y va pisando como sombra las huellas de su peregrinación a lo largo de los siglos.

Antes de ser un aspecto negativo, la migración es expresión de aquella libertad que hace del hombre la imagen inquieta de la búsqueda, del tormento a veces por un infinito que no se define en la historia y nos cuestiona por un *más allá*...!

Sin embargo las migraciones de nuestro siglo, se han ido destacando por su carácter más y más complejo. Sus rasgos se pintan de tragedia; la violencia y la necesidad parecen ser ya compañeras constantes de todo migrante. Si en la segunda mitad del siglo pasado y a comienzos de este la migración era la necesidad de huir de una tierra amarga y la búsqueda de una mejoría de una vida pobre, hoy en día el Exodo se marca de hambre, de lucha para sobrevivir; de huida ruinosa, emprendida seguido en la noche, para escaparse a la persecución política, ideológica, religiosa; otras veces es el último escalón que sella la rotura entre la persona, su patria, su credo en una guerra civil que arrasa toda convivencia y tira a todo un pueblo en la esquizofrenia de la confusión.

“*Robar o emigrar... !*” planteó un día al Parlamento italiano a finales del siglo pasado Mons. Juan Bautista Scalabrini, padre de los migrantes, en su análisis de la migración que alcanzaba ya unos millones y profundamente conmovido como *cristiano y como ciudadano*.

Es la triste realidad de America latina, de un tercer mundo que ya se está convirtiendo en el cuarto mundo del Exodo! Estamos asistiendo a una progresiva depauperación de Americalatina, a una caída constante e inexorable del poder adquisitivo, de una dependencia ahogante de las políticas y economías de los “grandes”.

A lado de esta colonización económica, se suma la invasión político-ideológica... y demás.

En su informe al Presidente Bush, el grupo Santa Fe sugiere de aplicar la estrategia de Gramsci para la revolución, instando al presidente de Estados Unidos de apoderarse de los centros de opinión (Universidades y Mass Media) para contrarrestar el así llamado “peligro comunista”.¹

Me permito citar del mismo documento una frase que puede resumir la actitud de Estados Unidos y que se aplica a otras filosofías:

“Los políticos norteamericanos tienen que enviarles a los latinoamericanos el siguiente mensaje: El buen vecino ha regresado y ha venido para quedarse”.

¹ Documento Santa Fe II, del 13 agosto de 1988.



Es la actitud de quien se siente apoderado sobre Americalatina, de quien simplemente ejerce el poder de decidir entre lo bueno y lo malo, de poner la raya de la ideología sana y de la falsa, de intervenir en asuntos considerados y de derecho propio etc.

Esta arrogancia no es exclusiva de Estados Unidos. Se aplica la misma lógica al bloque marxista y en forma menos descarada, sin embargo no menos cínica, a nivel económico por parte de Japón y de Europa.

Todo esto va quitando a nuestro Continente aquella fisionomía que se arraiga en su pasado, se alimenta de su tradiciones humanas y religiosas y provoca la locura de un pueblo en su identidad.

En este escenario, Centro America es teatro de revoluciones y contrarrevoluciones, de enfrentamientos políticos e ideológicos, de guerrilla y de búsqueda de una paz que respete su tradiciones.

Ha sido el anillo más débil que reventó, casi lugar de entrenamiento de las grandes potencias y de los juegos económicos por una 'escalation' que se dará a nivel mundial en un mañana muy próximo. Es la teoría de los países 'cojinetes': pensamos por ejemplo en Polonia durante la invasión nazi, en el Medio Oriente, en Taiwan, en unos países de Africa. America Central es el cojinete entre norte y sur, entre America latina y el mundo occidental, espina dorsal divisoria entre dos océanos, al atlántico y el pacífico.

En este sentido lo que se juega en Centro America, es espejo de un enfrentamiento a nivel mundial y la migración y sus refugiados son postes que afloran en una devastación más general.

Tipología del migrante de Centro América

el indocumentado

El indocumentado es el nuevo migrante de nuestros días. Llega al cruce de un estado con otro rico tan solo de su esperanza. Su pasaporte es el corazón abierto de quien lo acoge. No tiene nombre ni identidad: hoy se llama Pedro, mañana Paco... su proveniencia puede ser Honduras, Guatemala, Salvador o Nicaragua, México o Colombia. Se disfraza conforme la necesidad. No tiene nada que perder: ya metió su vida en una baraja sin límites. Todo su haber está recogido en una mochila o en la bolsa de plástico de última tienda donde compró dos tacos. A veces toda su patria y su cultura se expresan en el 'descamisado' que cruza como quien se mete a bañarse. El indocumentado es hijo de nadie, no cuenta ni tiene voz para nadie: ni por su tierra que lo despidió callada, indiferente, tal vez con gozo o a patadas. Es nadie por la tierra que se abre a su vista: bueno tan solo para estadísticas o por aquel juego feroz y contradictorio que es la explotación de su trabajo.

Hay el indocumentado que simplemente es fruto de aquel proceso de persuasión oculta y masiva de la publicidad, que lo ha venido convenciendo de que todo lo bueno está solamente en el Norte. Proceso boomerang que ve el tercer mundo en marcha hacia la conquista de un El Dorado que el mundo occidental vendió de remate y que ahora quiere defender a unas y dientes. Alud que ya no podemos controlar; doctor Jenkin de nuestra sociedad que ya rebasa nuestro mismo poder.

Hay los perseguidos políticos, a quienes se les considera enemigos, terroristas ideológicos tan solo porque están al otro lado de la barricada.

Hay gente que huye de su tierra, porque ya no sabe más donde ubicarse, víctima de una samba de revoluciones y contrarrevoluciones, de contradicción y confusión ideológica.

el refugiado

El refugiado es el último de los pobres: no goza de derecho alguno, ya sea en su propia tierra, con los de su patria; ya sea a lo largo de su peregrinación que hace de su Exodo desierto y calvario al mismo tiempo. A veces, cuando el refugiado haya finalizado su camino de ilusiones en la nueva tierra, empieza para él la búsqueda de una nueva dimensión entre pasado y futuro, entre sus raíces y la necesidad de ser otro en otra tierra.

Mientras para el indocumentado brincar la barda al norte significa el camino de un solo sentido hacia una nueva ilusión de riqueza o de mejoría, el refugiado es una brújula abierta a los 4 vientos: su destino puede ser el norte como el sur, el este como el oeste, la acogida como la deportación. El dejando su tierra se presenta como el hambriento que te agradece cualquier migaja.

El refugiado es un indocumentado perseguido, desterrado: el peón entre ellos. Sale de su tierra sin siquiera poderse acurrucar en la nostalgia de regresar: las fronteras se cierran a su espalda en una mezcla de sentimientos que va desde la euforia, a la duda y al fracaso, cuando no se torna en remordimiento de haber traicionado a una madre.

El refugiado como el indocumentado acaban seguido por huir de si mismos... y el drama termina en la alienación de todo un pueblo.

el desplazado

Lo podemos llamar el '**desterrado**' en su patria. Es víctima de "razones mayores" o de la así llamada "seguridad nacional".

Tiene que moverse desarraigándose de su ambiente vital, de una libertad que el mismo marcaba, para desplazarse en zonas que más bien se parecen a campos de concentración por el control militar o gubernamental que se ejerce.

El desplazado ni siquiera tiene el gusto de poder voltearse para atrás y echar una ojeada sobre lo que había sido el terreno de su esclavitud. Su drama se consume en su tierra, en una herida que sigue sangrando, vertiente de enfrentamientos que hacen de él una víctima impotente y ajena.

Esta migración es signo de nuestro tiempo, cumbre de un iceberg que queda hundido en la realidad diario de nuestro pueblo latino-americano. El migrante de todo tipo es expresión de un tercer mundo sin derechos y sin voz en el ajedrez de los grandes poderes políticos y económicos. El no tiene un lugar propio de autonomía; no hay para él 'lobbies' de defensa. En nuestra América latina ha desaparecido desde hace tiempo la libertad de una política y cultura propia, arraigada en la sabiduría de nuestra historia y tradición popular: hay que optar por la ideología capitalista o marxista, o según una expresión de Cantinflas, entre verdes y colorados. En otras palabras ya no hay alternativa, no se da una tercera vía.

La misma solidaridad de los pobres ha sido quebrantada. El largo camino del refugiado o del indocumentado se ha transformado en una lucha solitaria, sendero de la jungla con todas sus dudas y peligros. Es el resultado de una guerra entre pobres, donde cada quien quiere salir ganando, a costa de lo que sea.

Centro América es la más pequeña de este Continente y sin embargo es teatro de un juego que supera su tamaño. Es el ajedrez de un choque ideológico y político que viene de lejos, cuna estratégica donde los grandes bloques se están desafiando en un enfrentamiento de gigantes. Los entrenamientos militares se han vuelto guerra... los blancos ya son pueblos; la simulación realidad.

El refugiado es así víctima de un juego que él quizá ni entiende. Es alguien que no cabe en el mosaico de las nuevas categorías; un marginado violado, cuando no acepta serlo voluntariamente. Es el último anillo de una cadena de desecho que degolla toda cumbre,

allana toda diversidad. Es el patito feo de la nueva orden: todos se arrojan el derecho de rechazarlo, ignorarlo o perseguirlo.

Su silencio pone de manifiesto la otra parte callada, la que no cuenta, la que no se conforma y que tal vez es lugar de la profecía de una verdad, que empieza en nuestra historia y finaliza más allá del tiempo y de nuestras políticas.

Perspectiva bíblica

La tierra de todos

“Llenen la tierra y sométanla. Manden sobre los peces del mar, a las aves del cielo y sobre a cuanto animal viva en la tierra. Yo se los entrego, para que ustedes se alimenten, con toda clase de hierbas, de semilla y toda clase de árboles frutales.” Y vió Dios que todo cuanto había hecho era muy bueno. (Gen. 1,28-31 *passim*)

En la visión bíblica el hombre es la conciencia de Dios, su virrey, transparencia de una Providencia que “cuida de los pájaros del cielo y viste a los lirios del campo”. (Mt. 6,25ss)

Al hombre, Dios confía el señorío de la creación y la tierra es el lugar del encuentro de comunión entre la humanidad y su Señor... *donde se oyen los pasos de Yahwé que se pasea por el jardín a la hora de la brisa de la tarde.* (Gen. 3,8)

La tierra queda en el plan de salvación bíblico, el lugar de reconciliación del hombre con su Dios, aún después de que el pecado ha quebrado esta alianza primigenia. La tierra se volverá amarga, pero queda el lugar de la descendencia de esperanza que en Cristo y María restablecerá la comunión (Gen. 3,15) y el arcoiris sellará el amor de Dios con la humanidad. (Gen. 9,13s)

Los criterios de repartición de la tierra en la perspectiva bíblica son de gratuidad por parte de Dios, signo de su benevolencia, y nunca fruto de rapiña o egoísmo. La tierra se identifica con todo un pueblo, es prenda del amor de Dios y la tierra misma tienda de su alianza, sagrario de su presencia.

“Acuérdate los días remotos, considera las edades pretéritas, pregunta a tu padre y te lo contará, a tus ancianos y te lo dirán: cuando el Altísimo daba a cada pueblo su heredad, y distribuía a los hijos de Adán, trazando las fronteras de las naciones, según el número de los hijos de Dios, la porción del Señor fue su pueblo, él fue la parte de su heredad”. (Dt. 32,9)

En América latina esta visión ha sido objeto de atropello; hemos transformado en blasfemia con el latifundio, los monopolios, los terratenientes, las transnacionales esta maravillosa tierra regalada por Dios a sus hijos.

Aquella libertad de emigrar para modelar toda tierra de la imagen de Dios, se ha venido transformando en destierro por parte de hombres que se arrojan el derecho de quitar el pan de cada día.

Siempre Mons. Scalabrini decía: *“Tenemos la libertad de emigrar, pero no la libertad de **hacer emigrar!**”*... en ningún momento la migración puede transformarse en violencia y necesidad por el pecado del hombre.

En esta perspectiva atentar al derecho de una persona para que quede en su tierra, es atentar al designio de amor establecido por Dios. La tierra es para la Biblia el lugar de reconciliación y de juicio de nuestras instituciones.

“Di a los hijos de Israel: cuando hayan entrado en la tierra que les voy a dar, tendrá esta su descanso el año séptimo en honor a Yahwé... el año cincuenta será para ustedes un año de jubileo. Los que habían tenido que empeñar su propiedad la recobrarán.

Los esclavos regresarán a su familia... porque la tierra no puede venderse para siempre, porque la tierra es mía y ustedes están en mi tierra como forasteros y huéspedes”. (Lev. 25,1.10.23)

De aquí se desprende el hecho de que gente tenga que vivir afuera de su tierra, sin posibilidad de escoger el lugar de la celebración de su liturgia cotidiana en la creación, clama a Dios como grito del pobre.

Migración y destierro como consecuencia del pecado

“Caín dijo a Yahwé: - mi pecado es demasiado grande para soportarlo. Ya que tu me arrojas de esta tierra, tendré que ocultarme de tu presencia y andar errante y fugitivo y cualquiera que me encuentre me matará.- Yahwé le dijo: - No será así. Si alguien te mata, yo te vengaré siete veces -” (Gen. 4,13-15)

Yahwé se encarga del pobre que anda fugitivo, aunque se encuentre en pecado, aún que su destierro sea consecuencia de su culpa. Es la afirmación del derecho a la misericordia, porque Dios le usa misericordia. Es un rasgo clásico de todo el antiguo y Nuevo Testamento: Dios es **‘heséd’** (misericordioso) y por lo tanto es **‘sedeq’** (justo=fiel). Se trata de 2 conceptos que se encuentran relacionados a lo largo de todo el Antiguo Testamento: Yahwé queda justo=fiel a su alianza, aunque el pueblo o la comunidad o el individuo rompan con ellos, porque es misericordioso, es manantial de amor y sigue persiguiendo de comunión al hombre.

Cuando en Deuteronomio Yahwé quiere que se reserven 3 **ciudades santuario**, para que pueda refugiarse el inocente o el perseguido, lo hace conforme la lógica de su misericordia. (Dt. 19,-3) En la misma lógica que retoma el Evangelio, por ejemplo en el Padre Nuestro (*perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden...*), Yahwé se hace memoria histórica para con su pueblo, recordándole su pasado y la actitud que tiene que guardar con todo extranjero. *“Acuérdate de que tu también fuiste esclavo y forastero en la tierra de Egipto y que Yahwé tu Dios te dió la libertad”* (Lev. 19,34; Dt. 24,17; Ex. 22,21).

El peregrino, el refugiado, todo caminante tienen en la perspectiva bíblica un lugar privilegiado, aunque se trate de situaciones y niveles diferentes.

Como hemos visto en Caín Dios se encarga de la justicia y afirma su señorío sobre la vida, cuando se trata de un asesino y defiende su derecho a tener un juicio. (Lev. 25,4ss).

Otras veces el peregrino puede ser el mismo Dios que anda entre nosotros disfrazado de ángel; (Ge. 18,1-3;32,25ss; Hb. 13,2)... condenar al refugiado puede comportar entrar en juicio con Dios mismo.

Migración como invitación de Dios

Yahwé dijo a Abraham: “deja tu tierra, a los de tu raza y a la familia de tu padre y anda a la tierra que yo te mostraré...” (Gen. 12,1s)

Dios irrumpe en la vida de Abraham, lo saca de su país, lo invita a una aventura de la cual conoce tan solo su inicio: el camino y el fin quedan envueltos por la sorpresa de Dios y su misterio.

Aceptando el reto de Dios, Abraham desafía toda lógica, rompe con un pasado, acepta el riesgo de ser desarraigados de sus tradiciones, de su misma religión. Abraham no sale como Padre de la fe de Ur de los Caldeos: su camino se volverá encuentro con el Viviente de la Historia y de su historia y lo conocerá como el Dios de la promesa, el Dios de la alianza con un pueblo que se escoge en la peregrinación. Su llamado para una tierra

nueva pasará a través de dudas, pruebas, dolores y alegrías. Tendrá que construir su Sí día tras día, renovando su abandono en un Dios fiel y que sin embargo actúa a veces según criterios que no son nuestros criterios. La misma tierra de la promesa queda más allá del horizonte de Abraham: Dios la sella en la descendencia de Abraham, en sus hijos, en las generaciones a venir, pasando por la opresión y esclavitud, donde esta descendencia más numerosa que las estrellas del cielo serán forasteros por 400 años. (Gen. 15,5; 14)

Se vislumbra en la vocación de Abraham los primeros rasgos de la novedad bíblica: la historia profana se vuelve historia de salvación.

Los desplazamientos de los pueblos nómades, sus divisiones tribales, el mismo relato de Babel, donde la confusión se convierte en dispersión y diáspora, desembocan en aquel plan de amor que Dios teje a lo largo de los siglos, cambiando la tragedia en celebración de la esperanza y de una dimensión nueva.

La tierra prometida, la visión de Isaías y del Apocalipsis de una tierra nueva y de cielos nuevos, celebran en última instancia la dimensión creativa de Dios que es novedad de toda existencia y la vocación del hombre a ser autor con su Dios de cielos nuevos y tierra nueva. (Is. 65,17; 2 Pdo 3,13; Ap. 21,1;5)

Es la perspectiva de que con Dios el peregrino anda cargando con su patria, transforma todo lugar en encuentro con su Dios. La historia de los Patriarcas y de Moisés nos muestran la actitud a poner altares y piedras allá donde el Señor se iba manifestando. La creación se impregna de esta presencia de Dios, de esta plenitud que llega a iluminar la misma situación de esclavitud para que sea liberada.

Exodo

El Exodo marca los pasos de todo camino de liberación y queda al mismo tiempo el marco referencial del tormento que se acompaña a toda salida de mi pasado.

Podemos dividir por etapas este proceso, patrón a lo largo de nuestra historia de cuantos llegan a emprender la aventura de sacudirse el pasado y de cortar los puentes a su espalda.

a - la permanencia en Egipto se va transformando en esclavitud: la Biblia habla de más de 400 años. Hay un umbral de aguante, un límite de tolerancia que revienta y se hace conciencia nueva de una situación que ya no puede seguir así. (Ex. 1,1-22)

b - nace un profeta, Moisés, que al principio se rehúsa, entra en vencidas con Dios, saca pretextos; la vocación a ser líder de un pueblo, a caminar al frente de él, lo espanta. (Ex. 3 y 4,1-17)

c - se van repitiendo los signos (las plagas) que son motivo de interpretación contradictoria: unos, como opresores (egipcios) los rechazan; otros, el pueblo oprimido, los interpretan como mensaje de Dios. (Ex. CC. 7-11) Veremos la misma actitud en el desierto, donde la nube de Yahvé será luz para Israel y tiniebla para Egipto (Ex. 14,20).

d - la fiesta de la partida se vuelve aventura del camino... duda y crítica... tentación de volver atrás. (Ex. 13-15; 16,3)

e - no todos los que salen de Egipto llegarán a la tierra prometida; unos, morirán a lo largo del camino, otros, caerán en la tentación de volverse atrás, de regresar a la esclavitud levantando becerros de oro, y otros, como Moisés, mueren a la vista de un mañana que ya no les pertenece, porque ya han entrado en la visión de aquel DIOS que se les dio a conocer como quien ES, anticipando en el presente todo futuro.

En el Exodo de Israel existe el riesgo de la historia que se hace riesgo de la fe.

El pueblo deja algo seguro, aún en su esclavitud, por algo incierto que tan solo la aventura de la fe puede garantizar.

Los que quedan no arriesgan nada: no pierden, no ganan. Es la vertiente que divide todo refugiado de su patria. Es una apuesta colgada en el vacío. Puede perder lo poco que tenía. Puede ser objeto de crítica y con razón de haber dejado su familia, su campo, a veces sus hijos, para aventurarse en el desierto, en la soledad del abandono.

“Ojalá hubiéramos muerto por mano de Yahwé en Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne y comíamos pan en abundancia. Ustedes, en cambio, nos han traído a este desierto para matar de hambre a todo este gentío”. (Ex. 16,3)

Hay algo más que una simple crítica en este gemido del pueblo. Hay la duda de haberse equivocado, la tentación de rechazar como señal de Dios lo que hasta ayer me parecía cierto.

Sin embargo Dios sigue mano en la mano con su pueblo, sigue haciéndose invitación; a veces como silencio, en una grandeza que en ningún momento acepta ser menospreciada o chantajeada por el desafío de un pueblo definido “testarudo”.

El Exodo..., esta experiencia maravillosa donde DIOS conduce a su pueblo a través de la noche cuando su gloria es luz; en el desierto donde su presencia es pan y agua de viva roca; en la soledad de una peregrinación sin éxito, donde EL se hace Alianza y establece con sus mandamientos la comunión con su pueblo. La liberación sí empieza con la despedida del lugar de la esclavitud, sacudiéndose instituciones y recuerdos y sin embargo se lleva a cabo a lo largo del camino de exodo.

Cada refugiado lleva consigo la nostalgia de la esclavitud. Es como su segunda piel, pertenece ya a su molde; hizo de ella un patrón de comportamiento y cae seguido en la tentación de desear un día ser como el opresor.

La historia nos enseña como muchas de las revoluciones tan solo cambian los nombres de los títeres de turno: las relaciones de opresor y oprimido quedan igual.

Como por el pueblo de Israel las aguas de Mará se vuelven amargura, así para muchos refugiados y migrantes la aventura del Exodo se transforma en derrota, decepción, opresión más y más honda e irreversible.

Otro aspecto que vemos en el Exodo es el camino comunitario de Israel. Hay toda una solidaridad que rebasa el individualismo, las diferencias tribales y raciales. Nos salvamos como comunidad o nos perdemos como comunidad.

Un último punto que quisiera tocar se refiere a la figura misma de Moisés.

Al frente de su pueblo, comparte con él sus alegrías y sus dudas, se hace uno de ellos sin confundirse nunca con ellos. Queda cargando su profecía y su soledad, su vocación a ser signo de contradicción, puente entre Dios y su gente, sacramento de la esperanza cuando el pueblo, enfadado por tanto camino, cansado por seguir alimentando un mañana que no toma rostro y no se finaliza revienta en la rebelión.

Y cuando al fin la peregrinación desemboca en la tierra prometida, el queda de este lado de la orilla, contempla desde el monte el rostro de una esperanza hecha realidad y muere en el desierto, sin que nadie sepa hasta ahora el lugar de su entierro. (Dt. 34,3-6)

Es la dimensión bíblica que alcanza su cumbre en el evangelio de Juan: *“si el grano de trigo no cae en tierra y no muere, queda solo”* (Jn. 12,24).

El Exodo no pertenece ni al tiempo ni al individuo: es un proceso de liberación que sigue como pasamano de antorchas de uno a otro, de comunidad a comunidad y de pueblo a pueblo.

Nuevo Testamento

El NT retoma la elección de Israel como pueblo de Dios y la rebasa para una ciudadanía que es de la Iglesia y del Reino.

“Así pues ustedes, ya no son extranjeros ni huéspedes, sino conciudadanos del pueblo de los santos: ustedes son la Iglesia de Dios” (Ef. 2,19)

Es la celebración de la Iglesia sin fronteras, donde no se piden pasaportes ni visa, ideologías de derecha o de izquierda; cuya mesa de la Palabra y del Pan de vida es sacramento de convocación a la unidad... *“sí, porque ya no hay diferencias entre quien es judío y quien es griego, entre quien es esclavo y quien hombre libre, no se hace diferencia entre hombre y mujer, pues ustedes son uno solo en Cristo Jesús”* (Gal. 3,28)

San Pablo destaca con fuerza el llamado a la unidad, a una Iglesia don del Cristo que se hace sacramento de comunión: “Porque Cristo es nuestra paz, él que ha hecho de los dos pueblos uno solo, destruyendo en su propia carne el muro y el odio que los separaba ... y creando de los dos un solo Hombre nuevo.” (Ef. 2,14-16)

En el juicio de la caridad, como lo encontramos en Mt. 25, la acogida del extranjero y del peregrino será la acogida del mismo Cristo peregrino.

El otro aspecto que marca el Nuevo Testamento lo encontramos en el carácter de peregrinación. Es un rasgo clásico de las primeras comunidades cristianas: estamos de paso. Es el sentido de quien tiene su corazón más allá de las cosas, más allá de la misma historia, de un aquí y ahora por un ‘definitivo’ mañana.

Es la **parusía**, la espera de la totalidad, cuando el tiempo habrá alcanzado su **“pleroma”** (=plenitud) y la esperanza será visión.

“Pues nosotros no tenemos aquí nuestra patria definitiva, sino que buscamos la ciudad que no se acaba” (Heb. 13,14).

Encontramos el mismo concepto expresado en la Carta a Diogneto (Año 140): *“Los cristianos viven en sus propias patrias, pero como huéspedes; todo lo tienen en común con los demás como ciudadanos y todo lo sufren como peregrinos. Toda tierra extranjera es para ellos patria y toda patria tierra ajena.”* (5, 1)

Enfrentamos aquí la dimensión del provisional y del definitivo, la revolución cristiana de relativizar el absoluto y absolutizar lo relativo. Es la misma lógica de las bienaventuranzas, que proclaman dichosos a cuantos están hambrientos por la justicia y construyen la paz. (Mt. 5,3-10)

En el camino del Exodo, todo tipo de migración volca las categorías de absoluto, de irrenunciable, de imposible para abrir nuevos horizontes. Es el **nunca** que se vuelve **ya**; el **mañana hoy**; la **resignación innpaciencia**.

Podríamos vislumbrar esta dimensión bíblica en aquel refrán tan querido de America latina, allá donde canta: ***es al andar que se hace camino!***

Es aventurarse en aquella osadía del Espíritu que sabe sorprender de creatividad y novedad todo camino. Es salir al encuentro de un Dios que será el **Viviente de mi historia**.

Es la certeza de desembocar un día en un Pentecostés que celebra la fiesta de los pueblos, que sella el derecho a la multiplicidad en la diversidad, el baile de razas, lenguas, idiomas, culturas y búsqueda de verdad sin acallar el balbucear de un niño o de quien es otro de mi.

Perspectiva Teologica

“Si saben interpretar los signos de la tierra y del cielo, como, pues, no saben leer los signos de este tiempo?” (Lc. 12,56)

El Concilio Vaticano II retoma casi como reto este juicio de Cristo en el documento Gaudium et Spes:

“El pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien conduce es el Espíritu del Señor, procura discernir en los acontecimientos... los signos verdaderos de

la presencia o de los planes de Dios. La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre” (GS 11)

La problemática del migrante y del refugiado ya ha rebasado las dimensiones de un grupo o de una nación, para asumir los rasgos de una porción de nuestra humanidad y de América latina. **Reconocer los signos de nuestro tiempo:** es un reto puesto por el evangelio mismo, es una tarea que nos sitúa en la vocación profética de la Iglesia.

Cuales son estos signos?

1. Una situación de injusticia, de persecución, de confusión ideológico-política, de necesidad y de lucha por la sobrevivencia que empujan a miles de nuestros hermanos y hermanas a salir de su tierra.

Estamos involucrados en un juego que no nos pertenece, peones de un ajedrez donde otros mandan las movidas, terreno de lucha de intereses económicos, políticos e ideológicos ajenos a nuestra tradición y que llevan a nuestro pueblo hacia una alienación más y más profunda.

A raíz de todo esto se desliga una serie de situaciones de pecado que están destrozando la tierra y su habitat como lugar de la gloria de Dios y como tienda del hombre.

2. La dignidad de todo un pueblo que enfrenta el Exodo y hace de su camino el sacramento del encuentro con el Viviente de su historia. Dignidad callada que caracteriza profundamente la religiosidad latino-americana y que responde a la arrogancia con el silencio, a la resignación con la impaciencia por el Reino de Dios, a la provocación con el perdón y a todo tipo de opresión con la peregrinación hacia cielos nuevos y tierra nueva.

En esto me permito llamar la atención sobre un rasgo demasiadas veces ignorado de América latina: su **dimensión contemplativa!** La actitud a empapar de fe, de la óptica cristiana sus acontecimientos cotidianos, a envolver la misma tragedia y la hermana muerte de la luz de resurrección, es en la experiencia con los migrantes, su octavo sacramento.

3. La celebración de la esperanza

“La paciencia de América latina es la esperanza de un mañana que ya florece!” me escribía hace tiempo un amigo. En mis categorías europeas había definido resignación y fatalismo la paciencia de América latina. Acusaba a su pueblo de ser **“sumiso y sirviente”**.

Hoy me encuentro de rodillas ante su paciencia tan similar a la paciencia de Dios. Este pueblo está viviendo aquel dicho tan hermoso de su tradición:

“es al andar que se hace camino!”.

Cuando la migración se mueve, la historia se mueve, sus fronteras de cultura, religión y política se mueven. Es un río de vida, es un pueblo que piensa y actúa siempre y tan solo en categorías de novedad y de futuro.

Este pueblo en camino canta y baila su esperanza. Viste de visión el mañana, se desliza en su presente hacia la parusía y su esperanza es el espejo de un Dios que salió de camino con ellos. Es la celebración del **más allá, del Dios que no posee nada porque es lo Todo, del definitivo que se encuentra al otro lado de la dunas de tu horizonte.**

4. Iglesia caminante

Es la celebración de lo provisional, del no tener aquí ciudad permanente. El migrante y el refugiado hace de su vida y de la Iglesia un tienda de pastor, que sigue a un

Dios que nos reúne en asamblea santa en la soledad como en el bullicio de una ciudad, en el camino y en la calle como en la catedrales.

Este pueblo caminante descubre en su salida y en su destierro dentro de los campamentos su vocación bautismal a ser sacerdote, rey y profeta. Los Delegados de la Palabra, los catequistas, los padres que se hacen memorial con sus hijos de como Dios actuó con brazo extendido, marcan una Iglesia que saben renacer en la derrota y vuelve el destierro canto de salmos y de profecía.

5. Pueblo evangelizante

Es la fe de todo un pueblo que se mueve con él; es toda una religiosidad popular y profunda que va dejando huellas de Dios y de Iglesia la carretera que pisan o las veredas en la montaña. La migración cuestiona el pueblo de acogida, la comunidad de la ciudad, la institución que lo acoge: es una procesión de creyentes, es una realidad que me provoca. Se repite aquí la situación del cristianismo en su brotar dentro del Imperio romano: la diáspora (=dispersión) se transforma en levadura de un nuevo mundo.

Dimensión Teológica

Historia como lugar de salvación

“Pues sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman”. (Rom.8,28)

En la perspectiva bíblica todo acontecimiento humano se transforma en historia de salvación. Lo que había sido historia profana, la misma situación de pecado, las decisiones que al parecer son tan solo fruto de opiniones políticas o de capricho humano se vuelven lugar de la realización del plan de Dios.

Toda la tradición profética sitúa su vocación dentro de un marco histórico bien preciso; nombra años, reyes, descendencia de sus padres, etc.

“Estas son las palabras de Jeremías, hijo de Helcía, de una familia de sacerdotes que vivía en Anatot, a quien habló Yahwé en tiempos de Josías, hijo de Amón y rey de Judá” (Jer. 1,1s). Es la preocupación del mismo Lucas que nos da un marco referencial encarnado en la historia de su tiempo y de su alrededor:

“Era el año quince del reinado del emperador Tiberio. Poncio Pilato era gobernador de la Judea, Herodes estaba a cargo de la provincia de Galilea. Los jefes de los sacerdotes eran Anás y Caifás, cuando Dios dirigió su palabra a Juan, hijo de Zacarías, que estaba en el desierto”. (Lc. 3,1s)

La historia se transforma en lugar donde Dios actúa su salvación. Podríamos llegar a afirmar que la Biblia rompe la perspectiva circular y fatalista típica de toda religión, para transformar el camino de la humanidad en peregrinación vertical hacia la plenitud.

Aquí y ahora empieza mi llamado, en este momento político, en esta situación concreta, en el destierro como en patria, en paz como en guerra. Es la afirmación de la creatividad de Dios, de su Señorío. El mismo pecado se convierte en fiesta de la misericordia, en novedad de vida, en pasaje de la muerte a la vida. (Parábola por ejemplo del Hijo pródigo: Lc. 15,24)

Perspectiva dinámica de la salvación

El proceso migratorio nos presenta el llamado a la salvación como algo que se realiza a lo largo de un tiempo que se revela como el **“kairós”** o tiempo de Dios. Es la

aplicación del concepto ya visto del **más allá**, de una cita que Dios va marcando y llevando a cabo. La tierra prometida no se mide ni en años de peregrinación, ni en plazos de lógica humana. Es la perspectiva que nos recuerda que nadie ya ha llegado, que nadie todavía puede decir: ya me puedo sentar.

Los que salen, como los que quedan, siguen llamados al camino de salvación, a una santidad que es inquietud de plenitud y que descansará tan solo en Dios.

En la misma perspectiva se encaja la dimensión teológica de lo **provisional y de lo definitivo**. Las categorías se cambian, como veíamos en la presentación bíblica. Lo irrinunciable se hace relativo, lo imposible objeto de esperanza, lo absoluto motivo de discusión, mi pasado y mis raíces patria que voy cargando por el camino.

Es la óptica de Dios, es la óptica de la fe, el cuestionamiento de valores que de repente de últimos se hacen primeros y de primeros últimos.

Esta misma lógica pone sobre el mismo nivel cuantos emigran y cuantos quedan: todos están llamados a actuar la salvación. El peligro político es de definir en categorías de buenos y malos, de verdaderos y falsos los que salen y los que permanecen en su tierra. La Iglesia no puede caer en la trampa de las barricadas o de las orillas: en todo momento la Iglesia por ser sacramento de la Palabra es momento de juicio, de profecía y de comunión con cualquier hombre de cumbre o barrendero.

“Querido Pipetta, - escribía Don Milani al jefe del partido comunista de Prato - cuenta conmigo en tu marcha con los campesinos para repartir una tierra que Dios quiere repartir entre todos. Acuérdate pero que el día en que tu entrarás en la hacienda y te instalarás en lugar del cacique, yo quedaré en el umbral, para recordarte que la justicia de Dios y de su evangelio nos cuestiona más allá.”

En ningún momento la Iglesia puede identificarse con un movimiento o ideología terrena. Ella vive el **ya y todavía no...** vive en prenda la esperanza de la plenitud y sin embargo en todo momento es juicio y profecía para el refugiado, como para el ciudadano. (Jn. 12,31)

Perspectiva pastoral

Las premisas que hemos venido preparando a nivel bíblico y teológico nos introducen ya en la dimensión pastoral, en el camino de salvación de la Iglesia en su realidad litúrgica y sacramental.

Me limito a presentar unos aspectos que pueden formar parte del contenido litúrgico-sacramental, que queda la espina dorsal de la dimensión eclesial.

1. celebración de la diáspora

la dispersión es la situación de la comunidad apostólica después del escándalo de la cruz. *“Y todos huyeron y lo abandonaron”* (Mc. 14,50). La tarea de Cristo después de su resurrección es reunir desde la dispersión a su comunidad, dispersada como ovejas, cuyo pastor ha sido golpeado. (Mt. 26,31). La situación de diáspora está llamada a ser vivencia de la resurrección, experiencia del pasar del destierro a la boda del cordero, de la soledad a la comunidad, de la muerte a la vida.

La peregrinación a través de la diáspora lleva también el individuo a sentirse comunidad. Es la experiencia de todo un pueblo de refugiados y de migrantes que sale casi a tientas, cada quien ocultando su drama, guardando en secreto los motivos de su salida... y se encuentra ya a lo largo del camino como parte de un pueblo, subido al mismo barco, compartiendo el mismo destino y la misma vocación. Es la imagen de un río que va

naciendo por el aporte de miles de riachuelos sin nombre, que vienen de lo alto y siguen el rumbo del mar.

2. Iglesia sin fronteras

Celebrar la perspectiva paulina de la novedad y unidad en Cristo. Allá donde fracasan políticas e ideologías, allá donde chocan intereses económicos y egoísmos de oligarquías, la Iglesia es lugar celebrativo de una nueva dimensión humana y evangélica. La Iglesia está llamada a transformar el calvario de todo migrante, refugiado o desplazado en una Betania, donde Cristo era acogido con sus discípulos; a hacer de las estaciones de este Via Crucis otras tantas posadas de Emmaús, donde se reconoce a Cristo al partir el pan y lo proclamamos como el Resucitado. Cada uno de nosotros, nuestras comunidades, nuestras asambleas están llamadas a ser el hombre de Cirene que carga por un momento la cruz del Cristo migrante; a ser Veronica que le seca el rostro sangriento: La Iglesia es **eucaristía del camino, pan de vida en el desierto.**

Momento profético de la Iglesia es venir transformando en esquinas de misericordia y reconciliación todo cruce del desterrado y del indocumentado.

Nuestra gente se encuentra en Exodo. Cuando el pueblo anda de camino, la Iglesia sale al camino con él. El evangelio nos habla de Cristo que sintió lastima, porque eran como ovejas sin pastor. (Mc. 6,34)

Nuestra Iglesia es llamada a ser el Moisés de la movilidad humana, a transformar y celebrar la tragedia en esperanza y encuentro de salvación.

La movilidad humana, el Exodo del refugiado, es hoy para America Latina el lugar de su Pentecostés, es la Pascua de una Iglesia siempre peregrina, que anda ceñida, con el traje puesto y el bastón en la mano.

Esta realidad nos reta como pueblo santo de Dios, porque la Iglesia siempre da una respuesta como **comunidad**. La tentación de delegar, de arrinconar la diaconía del buen samaritano a unos organismos es una trampa antigua cuanto el hombre.”

Donde está tu hermano? - preguntó Yahwé a Caín - *soy acaso el guardián de mi hermano?* - contestó él”.

El refugiado cruza mi camino, me cuestiona como ciudadano, como cristiano y como hombre que profesa un credo religioso o político.

3. Celebración como memorial

“Mi padre era un Arameo errante, que bajó a Egipto y fue a refugiarse allí, siendo pocos aún, pero en ese país se hizo una nación grande y poderosa. Los egipcios nos maltrataron y nos impusieron dura esclavitud. Entonces llamamos a Yahwé Dios de nuestros padres y El vió nuestra humillación y nos escuchó. El nos sacó de Egipto con manofirme... y nos trajo aquí..” (Dt. 26,6ss).

Esta proclamación de fe se encuentra en un marco litúrgico, en el día de acción de gracias, ofreciendo delante del sacerdote las primicias del campo.

Es la memoria histórica del pasado, la vivencia de una experiencia de liberación con Dios que se vuelve **memorial**, celebración que actualiza, hace presente y vivo un acontecimiento del pasado y es liturgia de alabanza, eucaristía, reconciliación y fiesta.

Estamos llamados a descubrir estos “credos religiosos” de nuestros migrantes. Los relatos de las hazanas de Dios, la nostalgia del salmista cuando piensa en las procesiones de Jerusalén, cuando recuerda la subida al templo, los cantos de fiesta... y va llenando el destierro de Babilonia en lectura actualizada de su pasado.

En el campamento de Hortaliza (Teupasenti) la gente refugiada ha compuesto Nuestra Señora de la Victoria, con música y texto que son canto litúrgico.

4. Vocación bautismal

Ya decíamos de los Delegados de la Palabra, de los Padres que se vuelven catequistas, de todo un pueblo que de repente siente el llamado a ejercer la vocación real, sacerdotal y profética. Es otro rasgo de Americalatina: el pueblo de Dios viste la escasez de sacerdotes y consagrados haciéndose diaconía de la Palabra, sagrario de oración, testimonio transparente del Invisible.

El Espíritu llena los vacíos de nuestros medios. Una vez más se realiza el reto de Americalatina: **dando desde nuestra pobreza!**

Estamos invitados a favorecer el desarrollo de nuestra gente, donde la sencillez es manifestación de gloria de un Dios que anda con ellos. Es increíble pensar como esta gente que todo lo ha perdido siga cantándole a Dios: nos hallamos delante de una locura delirante o quiere decir que el Reino de Dios está en medio de nosotros.

Hay profecía en medio de ellos, hay la capacidad de discernir los signos de su tiempo y de nuestro tiempo. Hay sacerdocio en medio de ellos, entendiendo con este termino la capacidad de ser puente, arco iris de alianza entre Dios y la humanidad, entre un pueblo y su Señor.

En este contexto me permito recordar una prioridad del pueblo de Dios del NT: el partir el Pan de la Eucaristía. Elías recibe el pan que lo acompaña en un camino de cuarenta días en el desierto. Cristo multiplica el pan a la multitud que andaba en lugar apartado y solitario y Juan pone en este contexto todo el discurso eucarístico. Un pueblo que no pueda alimentarse del pan de Vida cae a la distancia en el Protestantismo. Ví señales claras de este peligro. Tendremos que estudiar las formas, pero sí, creo necesario destacar que la Iglesia es comunidad eucarística.

Dimensión profética

“Una palabra de Yahwé me llegó: - Hijo del hombre, tú vives entre rebeldes. Tienen ojos para ver y no ven, oídos para oír y no oyen. Por eso, escucha! Hazte un bulto como de desterrado y sal de tu lugar como desterrado en pleno día y ante ellos a otro país. Tal vez comprenderán... de día y a su vista, te llevaras tus cosas como un equipaje de exilado, y por la tarde saldrás como parte un refugiado... diles: - Así dice Yahwé: esta profecía se refiere al jefe que está en Jerusalén, y a todos los que viven en ella. Di: yo soy una señal para ustedes...” (Ez. 12,1 y passim)

Toda migración y toda situación de destierro que tenga el marco de violencia o necesidad es una denuncia callada de algo que rebasó el umbral de aguante, la tolerancia de una persona como individuo o comunidad. El refugiado cuestiona a su tierra y a sus instituciones, se transforma en juicio manifiesto del orden establecido, en el sentido que todo desterrado por ley o que el mismo se haga exiliado tacita y voluntariamente se encamina hacia un umbral que queda muy por debajo del nivel de pobreza. Todo lo pierde: no tiene ni el derecho siquiera de llevarse consigo a veces su familia, su choza, aquella dignidad de poderse llamar hijo de su tierra Nicaragua, Salvador, México o Brasil. Sale como quien se avergüenza, como quien se corre de la casa por algo grave que ha cometido, casi indigno de la ciudadanía y de la solidaridad de los demás.

Se destroza en ese sentido la personalidad de un individuo, su identidad y este hecho se vuelve en denuncia de esta situación de ruptura.

Transformar la denuncia en profecía es vocación de la Iglesia, tarea encomendada por Dios a sus hijos. Es una señal que va interpretada, discernida según los criterios de Dios.

Al mismo tiempo la salida del refugiado se vuelve profecía y cuestionamiento para el mismo desterrado.

Cuándo y quién pone el límite de rotura de aquel **umbral de aguante** que varía para cada uno? Cuándo es justificado este gesto? Hasta que punto tu abandono no cae en la cobardía, en la traición de tu patria, de tu familia, de tus valores?

Es un proceso de purificación que pasa seguido por dudas, remordimientos, gritos a Dios pidiéndole luz.

En la misma línea el refugiado y el migrante se sienten cuestionados por un proceso de liberación que involucre a su tierra que dejan a su espalda (para atrás) y a sí mismos que empiezan la aventura del Exodo. Toda migración, aunque nazca de una ruptura, está llamada a recomponer en armonía su pasado y su futuro. Toda salida nos interpela por una reconciliación con su tierra, con los que quedan, con cuantos no comparten mi decisión de dejarlo todo. El camino del refugiado se va transformando en una invitación continua por parte de Dios y de la Iglesia a ser liberación, reconciliación y construcción de paz y comunidad para mí y para “los otros - los diversos”.

La migración forzada me lleva en este sentido a retomar la grande perspectiva profética del Antiguo Testamento, donde Yahvé renueva continuamente su alianza sobre bases nuevas. De la alianza cósmica con Noé, cuyo sello es el arco iris de la creación, a la alianza con Abraham, donde Dios se hace camino con un pueblo de su elección llegamos a la alianza ética del Sinai, donde Dios es ley moral en los mandamientos. La alianza en el Espíritu de Jeremías (31,31), de Ezequiel 36,22) y de Joel 3,1ss abre el camino a la Alianza nueva de Cristo que se hace Eucaristía para con su iglesia. (Mt. 26,26-28; 22,15s).

Así el refugiado como individuo y comunidad es llamado a renovar la alianza con su tierra sobre bases siempre nuevas, a estrechar como Dios nuevos lazos de amor y reconciliación con su presente, puente de armonía entre su pasado y futuro, donde él y los que quedan se encuentran a un nivel diferente, donde los dos van a dar un paso para salir al encuentro; donde ambos se cuestionan y saben pedirse perdón y regalarle comprensión.

En el mismo sentido me permito añadir un último aspecto: la disponibilidad a la reconciliación. Hay una tentación muy sutil en el refugiado, como en el migrante: aferrarse de todos los pretextos para justificar su salida y radicalizarla como absoluta. Para muchos ya no hay regreso; se ponen en un plan irreversible, terco y cerrado. Se hunden en un rechazo que va creciendo de día en día, hundiéndose a su tierra y a sí mismos.

El Exodo nos invita a saber reconocer los nuevos signos, a ponernos en discusión y ofrecer al mismo tiempo a los que nos desterraron la posibilidad de un cambio. Hay la duda en todo refugiado a plantearse la conversión por parte de cuantos estoy rechazando en mi camino de protesta, la tendencia a enfocarse en lo negativo y tachar de irreversible el curso de las cosas.

Todo refugiado y todo migrante tienen que ser hombres del futuro, que se mueven desanclados de categorías absolutas e intocables: son hombres abiertos a toda esperanza... también a la osadía de que Dios y sus hijos pueden cambiar lo imposible.

Conclusion

Más y más en el campo de los refugiados nuestro tiempo pide a la Iglesia de ser “maestra de humanidad” (Pablo VI) allá donde muere la esperanza, allá donde se conculcan los derechos fundamentales de la persona, donde se sofoca el gemido de los

hijos e hijas de Dios y se blasfema contra las bienaventuranzas de los pobres y de cuantos lloran por la justicia.

Hoy como hoy nadie puede prever el futuro político de Centro America y de America Latina: estamos todavía en la contradicción de una historia que nos envuelve, en la labor de un parto abierto.

Tan solo como Iglesia podemos atrevernos en la baraja de Dios, donde la última mano (talla) le pertenece. Si la lógica humana puede tener todas sus razones de duda y prudencia, la parresía (=osadía) del Espíritu sabe transformar la sangre en vida, el destierro en el Pentecostés de una Iglesia que anticipa cielos nuevos y tierra nueva y es fiesta de comunión de pueblos que hablan idiomas diferentes y piensan en categorías diferentes.